

Debajo y al lado de ellos procura el concejo emanciparse de los feudatarios con auxilio del monarca; y al mismo tiempo el clero vuelve á confundirse en el orden material de que tanto trabajo habia costado sacarle. La accion recíproca de estas diferentes fuerzas constituye la historia de estos siglos, en que todas las guerras provienen de reyes y de concejos que querian recobrar fracciones de territorio de los vasallos y de los feudatarios, sin exceptuar quizá la gran guerra de las cruzadas, en que el clero pide la consolidacion y la estension de la civilizacion nueva, creada bajo sus auspicios.

Esta tarea fué auxiliada por el renacimiento del derecho romano, no porque suministrara ejemplos ó preceptos de libertad, pues, al contrario, propendia á robustecer la tiranía; pero el intrépido servilismo de los legistas que no tenían en cuenta los elementos nuevos suministrados por la conquista, humillaba los castillos levantando el palacio, y derribaba la barrera elevada entre el pueblo que obedece y el rey que hace las leyes y administra la justicia. Es un hecho notable de este tiempo la importancia de los hombres de ley, que sustituyéndose á los ejércitos, deciden del derecho en Roncaglia, discuten en Lion las prerogativas del imperio y de la tiara, y toman asiento en los tribunales en lugar del baron armado, haciendo pasar de esta manera la justicia á manos de la plebe.

De esta lucha de la libertad contra el despotismo nacen las constituciones, que son otro carácter de aquel tiempo, en que los gobiernos sustituyen el poder público á las voluntades particulares, y los pueblos la resistencia legal á la oposicion personal. Ya se ofrecen á nuestros ojos formas muy latas de libertades y franquicias. En Francia, los concejos son reconocidos por cartas reales; en Inglaterra obtienen de Juan Sin Tierra el derecho de elegir los aldermanes; en España poseen sus *fueros* con corregidores y alcaldes investidos de la jurisdiccion; en Italia se convierten en repúblicas; en Alemania, Federico I se vale de ellos como instrumentos para aumentar el poder real; pero ya hacen sombra á Federico II, quien trata de reprimirlos. En diferentes comarcas se aperciben los Estados de su propia existencia, y toman puesto en las asambleas. Estas subsistian antiguamente en Languedoc, á la sazón Luis IX las extiende á la Francia; y en breve Felipe el Hermoso (1302) convoca á todos los representantes de los concejos en sus provincias. En Inglaterra la Carta Magna asegura los derechos de la nacion, representada por el clero y la nobleza; luego en tiempo de Enrique II (1265) aparecen los diputados de los concejos, y bajo Eduardo I (1295) su voto se hace indispensable para imponer nuevas contribuciones: en Sicilia, Federico II (1231) llama á los diputados de las ciudades á las asambleas de los barones; en Alemania, bajo Adolfo de Nassau (1293), los diputados de las ciudades inmediatas tienen entra-

da en la dieta de los obispos y de los nobles: en España los concejos toman parte en las córtes de Aragon (1134) y de Castilla (1169).

El emperador es la clave de la bóveda del sistema feudal. Los papas que le han creado, velan porque no viole el pacto, cuya observancia ha jurado, y no atribuya á la casualidad del nacimiento, haciendo hereditaria una dignidad, lo que sólo puede pertenecer al mérito personal.

Habian dado sucesivamente emperadores las tres razas, franca, sajona y sueva: en cada una de ellas, los primeros fueron grandes guerreros y enérgicos soberanos: los últimos se inclinan más á la civilizacion y propenden á abusar de su fuerza. Oton y Enrique I se muestran héroes; pero los dos últimos Otones contraen vínculos de familia con los griegos y piensan en trasferir su residencia á Roma. Conrado el Sálico y Enrique III son los reyes más poderosos y más felices de la Germania; pero sus sucesores degeneran y agotan sus fuerzas en su lucha con los papas. Federico I, gran capitán con voluntad de hierro, restaura la dignidad imperial; pero Federico II, el rey más culto de la Edad Media, conduce al borde del precipicio tanto su casa como el Imperio; después recupera este vigor con Rodolfo y Maximiliano, pero bajo un aspecto más diferente, porque ya no se ocupa más que en el engrandecimiento de su familia. Todos los monarcas precedentes habian propendido, aunque por distintos medios, al encumbramiento del poder cesáreo. Los sajones dominan á nuevos bárbaros en su irrupcion amenazadora, y rigen como soberanos magnánimos al imperio. Aspiran los francones á hacerlo hereditario suprimiendo los derechos particulares de naciones, incorporando grandes ducados á los dominios de la corona, y queriendo convertir en feudales las dignidades eclesiásticas de donde nacen las guerras de las investiduras. Creen consolidarse los de Suabia haciéndose soberanos de la Italia, pero la disputa con los papas cambia entonces de carácter, y en ella se halla comprometida la independencia de Italia ó su servidumbre. Así la adquisicion de la Sicilia en vez de afianzar este poder, hace que infunda temores; y los pueblos permanecen indiferentes cuando el infortunado vástago de los Hohenstaufen perece sobre el cadalso, que le ha preparado la ambicion de su abuelo.

Roma era todavía el gran centro del movimiento, y á ella se remitian todos los intereses políticos de las naciones y los morales de la humanidad. La Iglesia se hallaba envuelta en una doble lucha. La era preciso romper los lazos con que los feudatarios la querian sujetar, y para ello tenia por auxiliares los reyes; pero como éstos trataron después de convertir su influencia en superioridad y someterla al capricho y á sus intentos políticos, tuvo tambien que combatirlos para conseguir su emancipacion. Los mejores jefes del Imperio desde Carlomagno hasta Rodolfo de Habsburgo intentaron poner en armonia la Iglesia con el gobierno exte-

rior, pero los medios de que se valieron no fueron siempre justos ni siempre oportunos. La guerra entre el cetro y el báculo pastoral consumia por espacio de siglo y medio las fuerzas que pudieran haberse empleado en el progreso de la sociedad; pero era inevitable el conflicto entre la materia y el espíritu. Además, la exageracion acostumbrada en los litigios y que hacia sobrepujar una parte á otra, acaloraba la lucha, mayormente cuando aun no se conocia la division entre la libertad política y la libertad religiosa, y ésta en su vaga inmensidad abrazaba todos los derechos, todas las esperanzas y el porvenir del hombre. ¿Quién hubiera podido decidir entre el jefe de la Iglesia, órgano de la república católica, y el jefe de los reyes, patrono de la cristiandad? La necia transacion que eligieron suspendió la guerra, pero á despecho de ambas partes, que perdieron la benéfica eficacia que ejercian sobre la civilizacion del mundo que hasta entonces caminaba asegurada, sin embargo en aquella contienda maduraron frutos que de otro modo habrian desaparecido, y se aclaró la idea del Estado del modo que hoy se comprende.

Pero políticamente Roma favoreciendo á la Francia quitó á los emperadores la unidad europea, y esta nacion les arrebató la espada que aquellos habian desenvainado contra los intereses de la Iglesia. Conociendo san Luis cuánto contribuiria al engrandecimiento de la Francia su union con el papa, consintió que su hermano Carlos se casase con la heredera de Provenza, contra la voluntad de Federico II que estaba excomulgado, y aceptó la corona del reprobado Manfredo. Desde entonces se declaró la Francia por la emancipacion de los pueblos en la forma que en aquellos tiempos se entendia, esto es, libertad del sacerdocio é independencia de los pontífices.

Y nosotros siempre nos hemos complacido en demostrar cómo de los padecimientos resultan las mejoras, así como de los esfuerzos de la tiranía el triunfo de la libertad. Los germanos para asegurar la tumultuosa independencia exterior eligen jefes que llegan á ser reyes y tiranos, los cuales para sujetar á los libres juntan á su rededor los que les eran fieles á fin de tenerlos obedientes á su voluntad; pero estos mismos se convirtieron en obstáculos que contrarestaron su omnipotencia. Para mantener las régias prerogativas y proteger al pueblo contra los abusos de los condes, se disputan por las provincias mensajeros señoriales, quienes usurpando parte del poder régio, se hacen hereditarios é independientes. El feudalismo que desmenuzaba el dominio, como ahora se desmenuza la propiedad, es la lucha en que siempre y por todas partes se encuentran los hombres que quieren vivir con su propio trabajo, con los que desean existir á costa del de los otros; pero en aquel siglo no se puede ya usurpar el dinero de los artesanos porque están unidos en maestranzas y conocen las ventajas de la union, así como aquéllos estudian los empréstitos y los otros medios de lucrar que pro-

porciona la ciencia económica. Los libres, para dispensarse de servir en el ejército nacional y comparecer en las asambleas, se constituyen vasallos, se encuentran envueltos en todas las cuestiones privadas de su señor, son llamados á las córtes y estan sujetos á su voluntad. Los señores para eximirse de la responsabilidad en los juicios, dejan á los pares el derecho de fallarlos, y éstos llegan á ser un contrapeso á su poder; rehusan someterse al soberano, cuando no se halla asistido de los otros barones, lo cual introduce las apelaciones, que tanto amenguan su influencia en la justicia. El clero propaga los tribunales estables, y protege el saber y el examen de los derechos; y aquéllos y éstos reducen á su debida medida la exuberante autoridad del clero, apenas deja de estar en armonia con las necesidades de la sociedad. Los reyes para poder imponer mayores cargas convocan á los concejos, y con ello crean un tercer estado que templa en su mano el rigor del cetro é introduce las constituciones. Así germina el bien de aquella raiz de donde sólo se esperaban males; así las naciones mejoran con los padecimientos del individuo.

De consiguiente, cuando observamos con insultante desden á aquellos siglos que nos hallaron siervos y nos dejaron hombres ¿no nos asemejamos á una persona que se olvida de su familia y de sus primeros años? Ahora encontramos aquellos recuerdos sin echarlos de menos, porque lo pasado ha cumplido su tarea, y porque el porvenir debe desarrollarse por él y no con él, no podemos prescindir de admirar á siglos tan llenos de vida, conmovidos alternativamente por la atronadora voz de Pedro el Ermitaño y de san Bernardo, por la armoniosa de los trovadores y de los sicilianos, por la atrevida de Abelardo y de los patarinos, por la grave de Anselmo, de Suger y de santo Tomás: á siglos en que se pueden enaltecer las hazañas de Barbaroja, de Ricardo, de Felipe Augusto, de Saladino, y bendiciéndolas, las de san Francisco, de Isabel, de san Luis; á siglos en que hallamos á un Descartes y á un Malebranche en san Buenaventura, á un Bacon de Verulumio en el monge del mismo nombre, á un Hume en Juan de Salisbury, á un Montesquieu en Egidio Colonna; á siglos en que surgieron grandes hombres, tales como Inocencio III, Gregorio IX y otros pontífices; Felipe Augusto y Felipe el Hermoso en Francia; Fernando III y Alfonso X en España; los Federicos en Alemania; Tomás Becket en Inglaterra; y donde quiera la fuerza popular que, más grande que los héroes, destruye y crea de nuevo, rompe las cadenas y funda las constituciones. Entonces toman nacimiento las cruzadas, la caballería, la arquitectura, las lenguas, las letras; todo se rehace por completo: desde entonces comienza la verdadera historia de las artes y de las literaturas modernas, y la civilizacion se trasforma realmente del mundo antiguo en el nuestro.

Ha fijado su constitucion la Inglaterra, y ya no

tendrá más que desarrollarse. Abandonando el paganismo se someten á ideas de justicia pública y al arbitraje de un poder desarmado la Noruega, la Dinamarca, la Suecia, Polonia, la Hungría, la Estonia, la Prusia: reténense á la iglesia latina la Armenia, la Bulgaria, la Servia, y por un momento ha cesado el cisma: la batalla dada en la llanura de las Navas de Tolosa, aniquila irrevocablemente á los moros en España, donde podrá prolongarse la lucha empeñada entre los guerreros de la Cruz y los del Coran, pero sin incertidumbre, y dejará á los españoles, no ya la falsa gloria de proezas consumadas por héroes fabulosos, sino la gloria real y efectiva de los esfuerzos hechos por una nación generosa para reconquistar y asegurar su independencia. Francia, ora por medio de la escuela de París, ora por medio de su lengua y por sus expediciones, se pone al frente del progreso. Allí como en Inglaterra la unidad moral ha podido madurar de esta suerte y dar la unidad política por producto, á la par que en España, en Italia, en Alemania, ha sido retardada por circunstancias diferentes, que no han impedido, á pesar de todo, que allí asomen los tiempos de la grandeza nacional y del heroísmo. Especialmente en Italia se multiplica la vida por la inmensa variedad de sus formas: allí existe una democracia toda de emulación y de movimiento, que no abre el camino de los honores más que con el saber y la acción: con una aristocracia que, en su interés particular, agita todas las fuerzas sociales; pequeños señores batalladores que no conocen más que la fuerza; con pequeñas cortes elegantes y voluptuosas, que acarician al saber y á las artes.

Esta prodigiosa actividad se manifiesta no menos en las concepciones del espíritu que en las acciones. Nunca se emprendieron tantas construcciones como en aquel tiempo: renacen las bellas artes á la misma época en Toscana, donde Cimabué, Guido de Siena, Giunta de Pisa, hermosean con sus pinceles, Nicolás y Juan de Pisa con el cincel, Andrés de Pisa con el bronce, los edificios levantados por Bono y por Arnolfo. Y si alguna vez han sido las artes espejo de las costumbres y de las ideas, fué especialmente en aquel tiempo, en que los edificios nos revelan el continente altanero de los grandes, así como las ambiciones de los concejos y la riqueza de los ciudadanos cultos, enriquecidos y libres y la laboriosa fe de los devotos.

Luchan entre sí dos literaturas, la antigua y la moderna; una suministrando las formas, otra los pensamientos. Todavía se emplea generalmente la lengua latina en los escritos serios, en la enseñanza, casi siempre en la historia. Sin embargo, á principios del siglo XIV tienen una literatura nacional siete lenguas europeas: el italiano, más pulido que los demás idiomas; el provenzal marchita sus precoces flores antes de llegar á madurez sus frutos: el español y el portugués repiten las canciones nacionales y escriben los estatutos: el

francés, que se enriquece con las bellezas del romance y de los idiomas teutónicos: el inglés, que ya había servido para los cantos del bandido y para las leyes del conquistador: el alemán, que sirve para celebrar á los antiguos héroes y para escribir los códigos de los sajones y de los suabios, y muy pronto el teólogo místico Juan Tauler (-1361), dominico de Estrasburgo, dará á la prosa la dirección en que la afianzará más tarde Lutero.

Así como en la actualidad se traducen todas las ideas en política y se aplican á problemas sociales más ó menos fecundos, del mismo modo la teología era la forma general del pensamiento. Una literatura clerical pesada, aunque poderosa, pobre de ciencia, si bien rica de paciencia y de fe, ha educado al mundo en el arte del raciocinio. En adelante puede ya salir de los claustros, su único refugio, contra las tropelías de los bárbaros, y hallar favorable acogida en el castillo del barón ó en las fiestas del pueblo, donde no se siente allí solo el hábito religioso: la imaginación acariciada por la poesía, y no contenta con sus límites antiguos, con nuevos lenguajes, alterna entre cuatro mitologías, la caballeresca, la alegórica, la oriental y la cristiana. Son los *Nibelungos* completamente paganos: en el *Romancero del Cid* la religión es como para los griegos modernos, más bien un símbolo nacional que un sentimiento; pues el héroe se dirige á Roma, y allí en medio de San Pedro tira de la espada para intimidar al pontífice, y no vacila en ligarse con los reyes moros; por el contrario, domina en su texto la caballería que, nacida de la asociación del cristianismo con los afectos terrestres, elevados y purificados, se desliza hasta en los milagros y en los falsos evangelios, tiñéndolo todo con sus brillantes colores y llegando hasta consagrar la fuerza por medio del sentimiento, y el sentimiento por medio de la fuerza.

Tradiciones por largo tiempo escondidas como el germen debajo de la tierra, brotan por todas partes en las fantasías místicas del claustro, en las aventuras ideales de amor y de fuerza, en las leyendas populares, en la poesía caballeresca. Por todos lados vibran cuerdas desconocidas hasta entonces: no son reminiscencias, sino graves voces procedentes del corazón, sentimientos de heroísmo é impulsos hácia el cielo. Cuando los trovadores y los *minnesingers*, igualmente originales, celebran á los antiguos héroes, los disfrazan con trajes y sentimientos modernos. No tienen menos originalidad la sátira, el drama, el misterio; porque todavía no ha ocurrido pensar que el único mérito de una obra consistía en estar calcada sobre la de los antiguos. Se oía la nueva literatura bajo los naranjos de la Provenza, acompañando sus suspiros el laud de los trovadores, y resonaba entre las intactas encinas de la Suabia. Graciosos genios, benignas hadas y terribles gigantes poblaban los valles, los ríos y los castillos, y armas encantadas y anillos mágicos llenan las leyendas seculares, mientras que las del claustro se mantienen

de milagros, y cada país tiene su héroe, su santo y su poeta. Se celebra la España en el Cid á sí propia, la Bretaña en su rey Arturo, la Francia en Carlomagno, á quien por un sublime error atribuye las cruzadas: Gualtero de Wogelweide canta las damas y los amores, sobre los cuales tenderá un velo candidísimo Petrarca: Perceval y Tristan hacen suspirar á la Inglaterra, y en breve levantará Dante aquel espléndido edificio en que pusieron la mano el cielo y la tierra.

Algunas de estas literaturas empiezan á hacer sentir su influencia en las demás naciones. Las leyendas árabes inspiran el *Romancero*, como los serventesios de los trovadores tienen por eco las rimas sicilianas: colocada Francia en el centro, recibe de España y de la Bretaña las novelas, los romances, las epopeyas caballerescas para transmitir las á toda Europa. El amor, sentimiento que predomina en estas composiciones, se reviste, según los diferentes pueblos, de variadas formas, sin evitar por eso la monotonía, que supera siempre á la riqueza de pensamientos. Sin embargo, es notable que en las creaciones de este tiempo no se vea aparecer sino muy raras veces lo terrible y lo trágico, que tan á menudo ofrecen en las aventuras de la época, la historia y la novela.

Todas estas literaturas nuevas y ajenas á la imitación de los clásicos, revelan fuerza y riqueza en la imaginación, calor y delicadeza en el sentimiento: se abandonan á las impresiones, á los hábitos, á las costumbres, á las preocupaciones contemporáneas, al carácter nacional y propio; pero en vano se buscaría allí la precisión límpida de las ideas, aquella corrección de gusto que evita igualmente la bajeza; tampoco se encuentra allí la perfección de la poesía clásica, ni aun siquiera la habilidad de propender continuamente al fin propuesto.

Con efecto, en esto como en todas las cosas, hallamos la ausencia de lo bien acabado; en esto como en todas partes, hay hermosas concepciones, á veces grandiosas, si bien nunca son castigadas ni completas. Así nunca se realizó la arquitectura

gótica en toda su perfección: nunca la filosofía cristiana llegó á su último desarrollo, como tampoco se vió la caballería en su belleza poética, ni se efectuó la separación exacta de los dos poderes y la unidad católica.

Pero un soplo de libertad se abre camino por todas partes: bajo su influencia nacen en Italia y en Flandes las artes, la industria, las repúblicas: en Inglaterra, en Escocia y en Francia, da el valor belicoso y el heroísmo de la independencia: son reprimidas las guerras privadas, abolidas ó limitadas las jurisdicciones feudales: se establecen gremios de artes y oficios, todas las clases experimentan mejora en su suerte, se hace más cómoda la existencia, más honorífica y más moral; el clero posee la doctrina; la nobleza, el honor caballeresco; el pueblo, las franquicias y la industria: el pensamiento propende á tomar más independiente vuelo: se vulgariza la Biblia: las alegorías son interpretadas: es batida en brecha la escolástica, que presta armas á las más atrevidas cuestiones, hasta atacar la autoridad de los papas y la divinidad de los sacramentos: aguza la poesía sus saetas contra las personas y contra las cosas santas: se aparta á la pintura de los tipos inmutables para adaptarse á las expresiones variables, la arquitectura levanta sus vértices á mayor altura que las humildes habitaciones de los hombres y las reguladas líneas de los antiguos: la alquimia y la astrología salvan las barreras del mundo visible para buscar fuerzas ocultas, interrogar las estrellas y desafiar la muerte.

De consiguiente, nos aproximamos á los tiempos modernos, y en adelante serán necesarios tres descubrimientos para asegurar los progresos de la civilización contra nuevas invasiones de bárbaros, y para suministrar los recursos de estenderse á lo lejos, á fin de que lo que antes era la familia, después la tribu, luego el dominio á los señores, y por último la hermandad de los concejos, llegue á ser primero la unidad nacional y después la civilización de Europa y del mundo.